

# La noche de Cristo

Escribe: PEDRO ACOSTA

## (FRAGMENTO II)

Las entradas del mar hasta los cantos mismos de la Plaza Fuerte se encrespaban para su gran vaharada. Un hediondo tamiz de aguas chapoteaba contra las murallas y surcaba de remolinos los recodos que el precinto dejó a esta tierra amasada en una greda de esponjas, pero a la cual alcanzaban desperdicios del azul de insolaciones que encandelillaba desde una lejanía, traspuesta por los bastiones y las orgullosas torres de las iglesias. Sus techos y atrios, sus aspilleras y garitas, parecieron al atardecer los penachos de esas relencias que, enseguida, enmascararon una noche en que —por fin—, se precipitó la carga apabullante de las lluvias. Era el fin del quinto de los días que recobraron sus nombres tras un tiempo que no pudo identificar los anteriores, rosario de horas evanescentes entre un innúmero de muertes. Se resistía el eco de aquellos gritos que llevaban la contabilidad salteada de los agonizantes... ochocientos, ochocientos se...tiocho, y lo forzado de la marcha quebrando el espesor de la inundación no podía borrarse de una memoria ya con las fiebres desatadas por el aguacero, calor espeso que exprimen los goterones, su olor, el olor que expelía el mar sacudido por las lluvias, salitre y algas rescatadas por olas que impregnan al aire. He aquí el reino de Lelé.

Todos esperaron su regreso desde cuando avanzaban aquellos días que nadie sabría cuáles fueron. Pero ahora Simón Gallarch encaraba una noche que lo aproximaba al sexto amanecer con santoral propio. Se persignó y fue así porque el mar seguía de allí hasta el horizonte trazado por las sombras que acortinaban el tránsito hacia los vacíos. Una tierra redonda y un infierno. El océano y el cielo. Todo el mundo, con sus santos y sus diablos, se ocultaba en esta noche que parecía convocar a los ritos de los posesos, fajinas acompasadas, **zaranga-musinga**, estremeciendo el pasmo de la Plaza Fuerte con el resistido miedo incontenible a la rebelión de los cimarrones. Con el sol volverían alcatraces tan sedientos que desearían engullirse las aguas todas y la sal toda, picoteando la línea última del mar que borra y reclama la redondez de la tierra. Vio entonces el escudo de los Carrillo Olmedo carcomidos sus cantos y roto el símbolo central, idéntico a la nariz y las orejas de un lazarino.

Esta era su soledad.

Lo obligó a rebuscarse un rezo cualquiera, profanado con el recuerdo en celo de Niña Rosalía y forzándolo a taparse los ojos. ¡Dios mío!, alcanzó un rastro del olor que desde las vecindades de Caño-e-loro expelían las carnes leprosas desprendiéndose de los cuerpos... la señora chiquita... Jusuf-Jusulú... **la tierra es redonda como una pelota, zaranga-musinga, amuletos y rosarios, allá donde el mar no termina y donde él, Simón Gallarch, quería herrar los cascos en remolino de su caballo.**

El sexto día abrió con un calor que hostigaba bajo el sol que cortó a sesgo olas y murallas, dejando los trazos del viento solo al socaire de las arcadas de la plaza en piedra. Paredes blancas y murallas blancas, blanco inclusive el cielo ahora que se despertaba repitiendo atónito ¡Dios mío!, para abandonarse a las entrañas de los sofocos de este amanecer, zarandeado por los lampos que arrastraban las fetideces succionadas a los esteros y por un súbito resplandor de extraño verde que lo aturdió, trocándole la proximidad del océano con los recuerdos de los árboles en mañana cuyos balanceos anticipan el eco de la corriente turbionada del río grande, el mar, la selva, los pantanos y los ríos que alimentan de babillas al río de los caimanes y los remolinos, este mismo cielo-sol deslumbrante, límpido o embravecido, el del silencio o el de los truenos en el reino de Lelé... **Jusuf-Jusulú, ahora te santificarás con el nombre de Jesús...** pero al filo de la hora cenital del enervamiento, los relinchos de su caballo lo ponían a temblar santiguándose para invocar al Padre Sariesta y creyendo verlo, saltando al centro de la calle, los resplandores de las hogueras de sus exorcismos silueteando la sumisión de su cortejo, báculos, mitras, tocas, bastones de bando, encajes engolillados, almidón del envés de las mangas, esencias de oriente y catinga... solo el rumor de vastedad inacabable desde los años que nadie podría recordar en adelante y hasta los años que nadie imaginará.

\* \* \*

De improviso comenzaron a borrarse los números que alguien trazó cuando la inundación aullaba por la mueca de los moribundos. Principió en la mañana de un día que todos supieron era un martes, y, al amanecer, no quedaba una cifra completa.

En cambio seguían los ocho que parecían alargarse, ovalando los círculos de ese número que pasó a una forma única, por los muros y las puertas. El miércoles, sin que nadie supiera el por qué, se transformaron derribados a círculos achatados y empatados horizontalmente. Simón Gallarch dijo en la noche del jueves: **Es el signo de la infinita**, y lo exasperó el insomnio. De allí en adelante tendría explicación un adiós cualquiera? Lelé había entendido su imperio y le impedía regresar hasta la casa de los Carrillo Olmedo, si acaso era ese su deseo. El signo de la infinita proliferaba tanto que alguien debió dibujarlo, al igual que aquellos números que intentaron totalizar el balance de los muertos. Se escuchaban esos nuevos pasos, lentos y luego apresurados, entre noches cuyos silencios eran atropellados por las voces de mando a los arcabuceros. El Padre Sariesta conminaba al través de las matronas y de sus golillas que todo esto era la candelada por esas **novedades perniciosas que traían las gacetas** y desde esos días las gacetas aparecieron, con una rapidez tan fulgurante como el rayo monstruo que barrió las chozas de Angola, descuajó las arboledas

de Caño-e-loro y embraveció el mar por varias semanas que marcaron una leva confundida a los aguaceros. El imperio de Lelé estaba en su apogeo.

Simón Gallarch debió resignarse a no decir su adiós, porque este quedaba vacío de justificación en medio del reino de sombras en fuga. Recordaba, nada más. Recordaba cómo el eco de las canciones de los cimarrones le llegó por primera vez, justo al amanecer en que comenzó a comprobar el derrumbe de las pompas de los Carrillo Olmedo. Atrapado por la inundación, en uno cualquiera de esos días sin nombre, le sorprendió el relampagueante trazo de un cañonazo y se refugió bajo el portón espolvoreado por los pedazos arrancados al escudo. La piedra resistió los zarpazos de las pelotas incandescentes y las vio rebotar contra las ventanas, dejando en claro cómo el fuego les roía el hierro coloreándolo de un negro amorado que parecía al de la sangre encostrada que dejó el berrenque en las espaldas de los alzados que entonaron el coro Jusuf-Jusulú, se parapetaron en Sugutí y fueron traídos en medio de este aguacero sin arco-iris. Pero desde entonces no se apagaban los ecos de aquellas canciones.

El escudo de los Carrillo Olmedo no se derrumbó. Los cañonazos le arrancaron pedazos, mordiéndole preciso los signos que proclamaban poderío. Al ceder las aguas, ese escudo mutilado selló el silencio de la casa y por doquier se multiplicaron los círculos deformados y empatados horizontalmente. La infinita y el reino de Lelé. Zaranga-musinga, los ecos fueron empatándose en la canción, zaranga-zaranga-musinga, hasta que Simón Gallarch comenzó a tararearla, fustigó los empedrados, desbocó su caballo por las calles y lo encabritó ante el portón... Antes de descuajarse, el único dedo del aldabón chisporroteó entre los cascos. Lelé!, gritó Simón Gallarch y el propio Jusuf-Jusulú le frenó el caballo. Lelé está con nosotros, le dijo... Tú estás con Jusuf y con Lelé. Simón Gallarch empinó un latigazo contra lo que quedaba del escudo de los Carrillo Olmedo y maldijo este calor de candela.

\* \* \*

Ninguno de los relojes marcó al aire con un tiempo que Valeria Trinidad comenzaba a identificar. En adelante no sería como el de aquellos días cualesquiera en que se retornaba a una realidad que se sacudía las adherencias del lodo y la miasmas, su color terroso y el olor a algas que dejara la inundación en su reflujó. En cambio, era el tiempo que aproximaba a un nuevo martes, idéntico a aquel preciso que anuló la más nimia certeza, con el conteo a grito de los cadáveres, y Valeria Trinidad lo veía demasiado claro a medida que se sumía en la succión a su calilla. Ahora en el mar se tostaba un olor a sal aperlada y lo gustó con un aspirar tan profundo que concluyó en un rebote que le contrajo el estómago y se lo aflojó.

Entonces rompieron a rebato las campanas repicándole a la Plaza Fuerte un amanecer más de sobresalto. Jusuf-Jusulú soltó el freno al caballo de Simón Gallarch y este se apeó movido por los reflejos que le imponían a sus músculos esta tensión del repique a rebato y el descuelgue de las riendas que soltaron el freno, y, enseguida, cayeron al empedrado con un obvio remedo de culebras acosadas.

Con el frenesí de los campanarios se multiplicó una pesadilla de la cual habría de hablarse por los siglos siguientes. Para Valeria era el momento de su certeza absoluta: los arponazos del bombardeo al escudo de los Carrillo Olmedo les clausuraba su esplendor, de manera que el llanto del recién nacido conllevaba un reproche a la derrota que heredaba de la inundación y del bloqueo. Ante sí, Simón Gallarch solo tenía las sombras en que se arrastraba la noche hacia la madrugada y en las cuales titilaban los pétreos rasgos de Jusuf-Jusulú. No quedaba duda. Era el reino de Lelé y del cual era imposible huír. **“Ahora mismo debes entrar”**, conminó Jusuf-Jusulú y Simón Gallarch lo aceptó con un titubeante **“verdad que sí, ahora debo entrar”**, cuando el portón cedía sin un chirrido, casi como si sus maderas hubiesen esperado este momento final para su obstinado incompetamiento, ya inútiles su cerrojo herrado y sus nueve postigos. **“Te esperan el fondo de la arcada de la derecha”**, precisó Jusuf-Jusulú apretando los párpados y al mismo instante Valeria Trinidad confirmó: **Se cumplió el designio. Será tu desgracia por siempre”**. Simón Gallarch no alcanzaría a recordar la sombra de Valeria Trinidad escabullándose al patio e indicándole con un resignado dejo de palabras quizá nunca balbuceadas... **“Allí. Por la puerta frente a la tinaja que se quebró”**, serenó su ansiedad excitada por los trozos frescos de la arcilla que olían al polvo aventado por el lujurioso tejido de las telarañas, y topó el silencio incrustado en las empinadas esquinas que sellaban la inmensidad del aposento. Su desolación la marcaban la cuna improvisada, un taburete que se equilibraba sobre su pata rota y un refenque que le arremolinó sus traspiés, encorvándolo para tantear entre el vacío de la oscuridad hasta que palpó los otros objetos que dejó la cola de la inundación. Los rastros de la humedad lampeaban las paredes con un crujido mezclado a los respiros en tensión de Niña Rosalía y con ello se sumó el azoramiento a su deseo. Lo afiebraba el celo encostrado de los cangrejos y cuando adivinó la piel de Niña Rosalía y el recuerdo tembloroso de esos poros fragantes a su sudor terso, el repique a rebato cortó súbitamente. Valeria Trinidad paladeaba su calilla con una lascivia picada por el amargo de su saliva y Jusuf-Jusulú comprendió que los galeones enemigos viraban enfilando definitivamente sus proas mar adentro. El amanecer afloró un aire fresco que hostigó a sor Superiora con azogues que la angustiarían para una pretérita confesión que se le volvió imposible, porque supuso que las ánimas benditas se desangraron los senos y que en ellos se saciaron Lelé y sus murciélagos, gozosos entre las llamas que le sorbieron su imagen de la Virgen hasta pulverizarla con una humareda cuyos ardores la exasperaron y luego la calmaron. Fue un relajamiento que la arqueó de placer... **exorcizo te inmundissime...** y le transmitió una placidez que le hizo sentir su carne por primera y única vez. Maldijo el apetito que se le desenfrenó porque recordó los exorcismos del Padre Sariesta, mientras que el silencio decía que lo flota enemiga cesaba su bloqueo y que, en adelante, la soledad no le pertenecería únicamente a los muertos. Valeria Trinidad vio claro otra vez: Simón Gallarch se sumiría también en el dominio de las aguas espesas, y Niña Rosalía tendría que llorar su abandono aunque huyera del purgatorio al infierno y pudiese llegar por fin a un paraíso donde la tierra se volvería horra y se escupirían los arcángeles... Caminaría por ese paraíso desierto de aire y clamaría el perdón en la única lengua que confudía al Señor. A Simón Gallarch lo movió entonces una ternura que lo confundió y la besó. Niña Rosalía lo

esquivó con un cortante "a tu lado está el niño. Es tu imagen"... "Rochi-niña-blanca", suplicó con una conturbada blandura que no anuló el mal aliento de su insomnio que le esparcía por la nuca, impeliéndola a incorporarse soberbia: "Quema tu respiro de Diablo". Sor Superiora despertó gritando al verse derribada por la rueda de mil serpientes picoteándole esa carne recién descubierta y que ya se precipitaba a anular sus apetitos. Enseguida supo que estaba en el centro de las miradas de las demás Superiores cuyos hábitos brillaban como la falsa pedrería que traían los galeones entre el lastre de los cadáveres de esclavos que no se desprendían de su catunga, Rochi-niña-blanca, Dahomey-zaranga-musinga, María Toribia-maría cabeza, de improviso Jusuf-Jusulú giró hacia Lelé y le golpeó la cara con las riendas que se le zafaron al caballo de Simón Gallarch y, en la plenitud del día, quedó su sangre caracoleada por las huellas de unos cascos impacientes. La soledad arrinconaba ensombreciendo las murallas contra la mañana y Jusuf-Jusulú se enardeció porque de la frente de Lelé borboteaba una sangre de rojo repugnante que le bañaba el cuerpo desnudo. Se asombró al verlo desaparecer entre este esplendente día con un sol que soldaba un calor aún mucho más exasperante que el de todas aquellas semanas y se supo el nuevo soberano. Al renacer el canto de los cimarrones alzados, Simón Gallarch cerró su asedio con un suplicante perdón, Rochi-niña-blanca y no pudo vencerle los obstinados puños aferrados a su corpiño. Al mediodía un chubasco apretó el calor y por la tarde este exasperó el letargo. Los caballos relinchaban encabritados por el toque de cornetas que disciplinaban la formación de los arcabuceros dentro de las murallas plagadas con el signo de la infinita. Al anochecer una de las gacetas revoloteó hasta enredarse en la Cruz de Plata que daba su forma esquelética a las armas de los sitiados y ya fue imposible desoír el canto de los cimarrones rebeldes. Un rumor de redobles se apoderó de la Plaza Fuerte doblegada por este calor de brasa.

El sueño volvió a ser imposible porque no cesó a lo largo de la noche el rumor del ascenso de las aguas y de la reaparición de las ratas, con un molondro siseo que le perdonó a Simón Gallarch el dolor por el primer raponazo de los roedores ávidos. Muy rápidamente amanecería ese otro preciso martes que reanudó el conteo a gritos de los cadáveres: dos, tres, cuatro, cinco...